



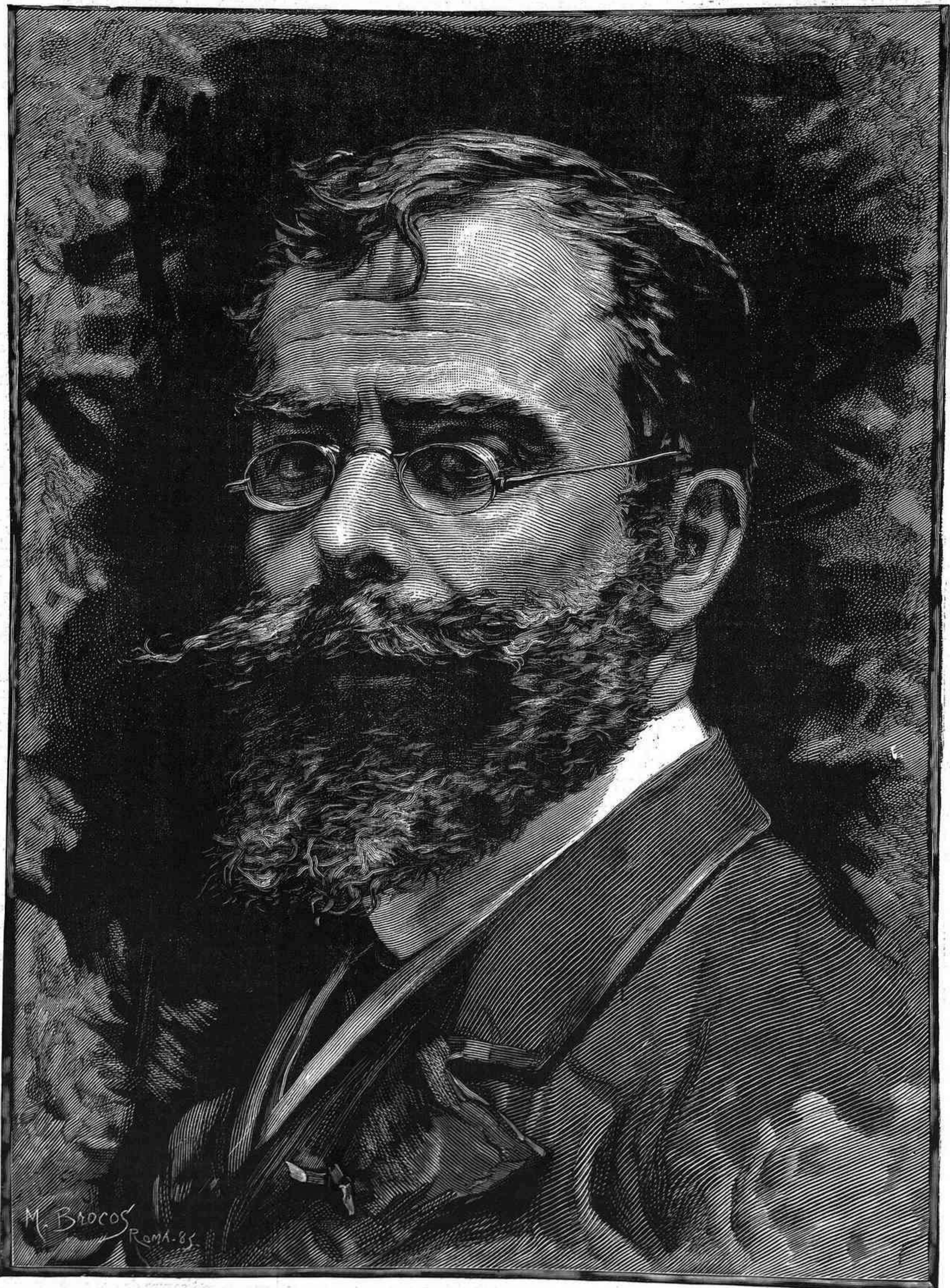
# ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V

← BARCELONA 11 DE ENERO DE 1886 →

NUM. 211

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



FRANCISCO PRADILLA, insigne pintor español,  
copia de una fotografía, grabada por el Sr. Brocos, pensionado de grabado en Roma

## SUMARIO

TEXTO.—*La vuelta al año*, por don J. Ortega Munilla.—*Nuestros grabados*.—*Dos camafios romanos*, por don Emilio Castelar.—*El pagaré* (continuación), por doña Carolina Coronado.—*Carta de América*, por M. Alberto Tissandier.—*Viaje á Filipinas* (continuación), por el Dr. J. Montano.

GRABADOS.—Francisco Pradilla, copia de una fotografía, grabada por el Sr. Brocos.—*En la casa de cetrería*, cuadro de Herman Vogel.—*Casa de lobos*, cuadro de Antonio Kowalski.—*Trajes turcos de Trebigne*, apunte de Vierge.—*La monja*, dibujo á la pluma de Antonio Fabrés.—*Los hilos del telégrafo eléctrico aéreo en Fildelfia*.—*Esquina de Chestnut street y de Third street*. (Tomado del natural.)—*La bola pagadora de los grandes almacenes de novedades*.—*Caminero malabar y hahonero chino*, dibujo de Tofani.—*Miranda de una casa malaya*, dibujo de Dosso. Suplemento Artístico: *La rendición de Granada*, cuadro de Francisco Pradilla.

## LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Los Reyes magos. — Ceremonias oficiales. — Año nuevo y nuevo Monarca. — El que nunca abdica. — Horrores del invierno y el hambre. — La vida en los campos. — Falta el pan y falta la cultura. — El maestro de escuela. — Ruina de ruinas. — Dos libros nuevos. — Precios de Año nuevo.

A la solemnidad con que la Iglesia conmemora la fiesta de los Reyes magos, se ha unido en la vida de España la solemnidad con que se ha celebrado la jura de la Constitución por la Reina. Con pocos días de diferencia, la Iglesia y el Estado han tenido, la primera en su templo, la segunda en el santuario de las leyes, aquellas ceremonias singulares, dispuestas para que un pueblo dado á todas las cosas de gran espectáculo se apasione de las instituciones divinas y de las humanas.

Los Reyes magos representan en la tradición popular no sólo el homenaje que los más grandes y poderosos señores de la tierra hicieron al Redentor del mundo, sino aun más que esto; una leyenda de prodigalidad inagotable que colma de dones al objeto de sus preferencias. Así, pues, en la mente del pueblo, los tres reyes magos se representan como tres magníficos príncipes, llenos de riquezas, en la forma más tangible y visible de ellas; en la del oro y piedras preciosas, de que llevaron al portal de Belén sus camellos y acémilas cargados hasta no poder más, y allí dieron con los desafortunados esportones en tierra, y que quieras, que no quieras, se los entregaron á la Virgen María y á su Divino Hijo.

La pintura mística se ha apoderado del asunto, reproduciéndole mil y mil veces; lo mismo el pincel angélico de Murillo, que el palo de escoba de Orbaneja. Todos han creído interpretar esta leyenda cristiana, dando á los rostros y á las actitudes de los Reyes, cierta apariencia de grandeza, y cierta noble compostura que les sentase á maravilla entre los arriños de sus mantos, y bajo los esplendores de las tremebundas coronas de oro, en que centellea cada diamante como un huevo de paloma.

El pueblo cristiano con una lógica que honra á su ingenio, ha deducido de la magnanimidad de los Reyes, una consecuencia práctica, y se ha dicho:

«Puesto que estos buenos señores vienen todos los años del lejano Oriente el día 6 de enero, y traen buena provisión de riquezas para repartirlas á diestro y siniestro, y á troche y moche, no seamos tontos y aprovechémonos; dirijámosles una postulación para que se acuerden de que nuestras miserias y pobreza son dignas del amparo de tan magníficos y poderosos señores.» Y hé aquí que como por ensalmo, en la noche del 5 de enero, todos los balcones se abren para dejar paso á una cesta, á un plato, á un zapatito, á una caja, y hasta á una espuerta, según la cantidad y calidad de los donativos que esperan de SS. MM.

En Madrid, la fiesta de los Reyes ha recibido un tremendo golpe, el día en que la autoridad municipal exigió el pago de cierta cantidad, cinco pesetas, á las comparsas que recorrian las calles aquella noche, armadas de antorchas humeantes, y de escaleras de mano á que se subían los cándidos astures ó redomados aguadores que estaban en el secreto, para observar el sitio por donde los Reyes venían.

El volterianismo de la época va apoderándose de todas las cosas; y hace poco he oído preguntar á un niño, hablando de los Reyes magos:

— ¿Y van á todas partes en la misma noche?  
— Sí, — le contestaron.  
— ¿De manera, que al mismo tiempo están en Madrid, en París y en Nueva York?  
— Ciertamente.  
— Pues entonces, no me explico que les sirva de guía una misma estrella.

Un eco de dolor y miseria se escucha en todas partes.

A las inmensas desgracias causadas por los terremotos, ha habido que agregar la parálisis mercantil que ha originado la ruina de la industria vinícola ocasionada por la filoxera, la decadencia de los mercados de granos que parecen sentir la competencia extranjera, faltos de leyes previsoras y de un proteccionismo prudente, ó de un sistema económico cualquiera que permitiese restañar estas heridas con otras ventajas sociales. Unase á esto las grandes nevadas que sobre toda la Península, y que en extensas comarcas de ella han impedido durante muchos días las labores agrícolas, de que viven las tres cuartas partes de los españoles. Es este un país en que, excepción hecha de algunas poblaciones de las Provincias Vascongadas, y de alguna población de Cataluña, en todo el resto del territorio el hombre vive de las faenas de la agricultura. Puede que haya en España más de nueve millones de ciudadanos que poseedores de pequeñas extensiones de terreno, de un par de mulas y de un juego de arados explotan y usufructúan la labor heredada de sus padres, contentándose con vivir de lo que inmediatamente les dan seis ú ocho fanegas de tierra, labrándolas por sí mismos, cosechando con sus propias manos los frutos, molliéndose la harina en el propio molino, cociéndola en el horno de la casa y comiendo el pan con aquella harina fabricada. Una cantidad de españoles igual á la anterior, viven á sueldo de estos: son los jornaleros del campo, que al amanecer salen de todas las poblaciones de Castilla, Andalucía, Cataluña, Navarra y Galicia, llevando al hombro un pico ó una azada, pobremente vestidos, sin más esperanzas para todo el día que un pedazo de pan y alguna pequeña lonja de tocino, todo envuelto en un trapo que colgado del instrumento de labranza llevan al terruño, donde pasan doce horas cavando, ya agarrados á la esteva del arado, ya destripando troncos, según la frase gráfica y característica de España. Allí el tiempo se desliza para ellos monótonamente: oyéense por todas partes canciones, ya en el idioma dulcísimo de Galicia, ya en el gutural acento de Aragón. Estas canciones de amor, la mayor parte engendro de la musa popular, entre tienen los labores de los jornaleros agrícolas, y los hacen llevar con resignación el aburrimiento y la fatiga de sus trabajos. No hay para estos desventurados camino de redención. Apenas son púberes cuando el hambre de sus propios padres les arranca de las manos de un maestro municipal que, por fórmula, les ha repetido unas cuantas veces las vocales y las consonantes. Aun no sabe unir bien aquel mancebo el uso de unas y otras, aun no sabe firmar y ya el Estado

considera que su educación está terminada y que en aquel salvaje puede mañana encontrar un ciudadano. Esto explica la mayor parte de nuestras desgracias nacionales, la falta de vigor en la opinión pública, el desinterés y el desapego con que la mayoría de los españoles miran lo que ocurre en la esfera de la política y la administración; la indiferencia y el desamor con que se piensa en el porvenir de la patria; el desprecio y la ira que producen los magnates y los gobernantes. Toda esta serie de fenómenos morales que indican un completo divorcio, un disentimiento evidéntísimo entre el mayor número de ciudadanos y aquel pequeño número de ellos que rigen los destinos de la nación, son efecto de que entre las grandes masas dirigidas y los pequeños núcleos directores, se levanta una muralla de hielo y arena para la ignorancia. ¿Qué se diría de un minero tan loco ó tan ignorante que habiendo dado, por su fortuna, con un filón entre los estratos y cristalizaciones de una roca de cuarzo, en vez de llamar golpe de gente que armada de zapapicos hiriese las duras breñas y rasgándolas buscara la continuidad y consecución de aquel filón metálico, dejara pasar los días en inacción, y cuando la necesidad de dinero le apurase viniera á pronunciar discursos delante de aquella roca, pidiéndole que le entregara el rico metal que guardara en su seno? Pues no es otra cosa lo que sucede con el pueblo español. Las preciosas cualidades de su raza despuntan y se descubren á través de su ignorancia misma, como á través de la dureza y esterilidad de la roca de cuarzo se descubren gotas de plata que en los días de la fluidez de los metales han trasudado afuera, á la manera que el agua trasuda por el barro de la alcarraza andujareña. No hay un estadista que se ocupe de abrir la roca; es decir, de apartar las montañas de ignorancia y barbarie que envuelven y ocultan ese filón de inteligencia, filón riquísimo en la raza española, que chispea en sus canciones, que brilla en sus refranes, que palpita en su buen sentido, que se manifiesta en mil sencillísimas formas del ser moral que en vano querrán negarle nuestros enemigos, porque todos ellos fulgurán con vivísimos relámpagos de fuego.

Las manos que han de manejar esos zapapicos no son otras que las del maestro. El maestro de escuela con su modesta apariencia, con su insignificancia nacional, eso es lo que necesitan los españoles para que sus condiciones se modifiquen y para que el aspecto de nuestro país varíe por completo. Nada de guerreros que armados de coruscantes chafarotes y adornados con uniformes vistosísimos sean encanto de los ojos y deleite del vecindario en los días de parada y formaciones; nada de encepotados magistrados que ocultos los nobles pechos con togas de paño y con calvarios de cruces renombradas y gloriosas asistan en estrados y hablen en academias y discutan en Parlamentos sobre lo mejor ó lo peor de la ciencia del derecho; nada de próceres aristocráticos y linajudos que arrastran por las salas palatinas los trajes de brocado, el blanco hábito de Santiago, los rojos talabartes de las antiguas órdenes religiosas... De todo esto, tenemos gran copia; hace muchos años que venimos gobernados por unos y otros, pasando de las manos del militarismo á las de la judicatura, desde un gobierno de leguleyos á un gobierno de hombres de administración; ora influidos por el absorbente espíritu de los cabildos catedrales y de las órdenes monásticas, ora empujados por el materialista ateísmo inculco en su fondo y bárbaro en sus procedimientos... Lo que necesitamos es algo más modesto, más útil, más práctico, más humanitario. Un maestro de escuela fácilmente se le crea: un hombre de mediana disposición, con unos cuantos años de estudio, de honradas y puras costumbres, de humildes aspiraciones, puede desempeñar esta misión importantísima que consiste en ir repartiendo por los pueblos el pan del alma, distribuir en pequeñas porciones las ideas y en hacer asequible la ciencia del Evangelio á los espíritus más obtusos y torpes. Unos cuantos años de propaganda en las escuelas públicas, la enseñanza obligatoria y castigada la desobediencia á ella con fuertes penas, la creación incessante de centros de enseñanza, y una propaganda activa que siembre en el campo las ideas.

\*\*

Lo que quedaba del antiguo é histórico Bazar de las Américas, en el fin de la Rivera de Curtidores, ha sido destruido por las llamas. Era aquel un archivo de miserias, un museo arqueológico de la pobreza. Todo lo viejo, todo lo inútil, todo lo miserable iba á parar á manos de unos cuantos comerciantes que después de aderezarlo con las misteriosas artes que constituían su secreto, lo ponían en circulación de nuevo. Hace pocos meses un incendio arrasó la parte principal de este mercado de ruinas.

Hoy las llamas han acabado de purificarlo. Pero ¡misterio profundo! la pérdida de aquellas miserias hace más miserables á sus dueños, y sus viejas capas, sus rotos muelblajes, serán vendidos para comprar pan y formarán pronto otro mercado como el que ha desaparecido.

Tal es el camino de la miseria: en el que siempre hay un más allá. Como dijo Calderón.

\*\*

Dos libros tengo sobre la mesa y constituyen mis *etrennes* literarios del año.

Es el uno de Alarcón y contiene sus poesías y su drama *El hijo prodigo*. ¿Qué he de decir que pueda añadir un nuevo rayo de gloria al autor de *El Sombrero de tres picos*? Su nombre es uno de los timbres de honor de nuestras letras.

Para acabar bien este artículo, copiaré una poesía deliciosa que tomo al azar de aquel precioso libro.

Celoso de su blancura,  
é imaginando eclipsarla,  
cayó ese copo de nieve  
en el hueco de tu palma...  
Pero conoció ya tarde  
que tu mano era más blanca,  
y, de vergüenza ó de envidia,  
expiró deshecho en lágrimas.

\*\*

El otro libro es de Campoamor y se titula *Humoradas*: es una colección de pequeñas poesías, que son como el germen ó el embrión de otras tantas doloras.

Empieza el libro con esta sentencia de terrible verdad:

«La niña es la mujer que respetamos;  
La mujer es la niña que engañamos.»

\*\*

1885... 1886... ¡Quiera el cielo acordarse en el año que empieza de lo que España ha sufrido en el año que acaba, y que desde las alturas eternas caiga una voz de perdón, diciendo: «¡Basta!»

J. ORTEGA MUNILLA

## NUESTROS GRABADOS

FRANCISCO PRADILLA

Decía Napoleón I que todo soldado que empuñaba un fusil, llevaba en su mochila el bastón de mariscal de Francia. Y cuando se trata de Pradilla y se tiene en cuenta que su carrera de pintor empezó en Zaragoza, dando manos de óleo y barniz á puertas y balcones, bien puede de-

cirse que cuando un verdadero genio coge un pincel entre sus manos, puede aspirar á que la grosera brocha se convierta un día en cetro del arte. Así ha sucedido una vez más con el célebre autor de los lienzos *Juana la loca* y *Rendición de Granada*; con la particularidad de que en esta ocasión ha fallido el refrán que dice: nunca fray Modesto fué guardián; pues con ser nuestro Pradilla la modestia personificada, es guardián y general y rey del arte. España, Europa, América, le otorgan una corona de laurel, que produce menos, pero no es menos valiosa que si fuese una corona de príncipe; y él solo, solo entre tantos millones de admiradores, la rechaza como si no pudiera con su peso; él solo está descontento de sus obras; él solo se empeña en criticar lo que todos aplauden con entusiasmo.

Pradilla le debe á Dios su talento natural; lo demás se lo ha procurado por sí mismo, á fuerza de privaciones, de vigiliás, de estudios, de esa lucha constante de todos los días y de todas las horas, en las cuales cada victoria significa la pérdida de una cantidad de vida, de juventud y de ilusiones. Solamente así se explica que quien ha conseguido tantos triunfos como ha empeñado combates, haya transcurrido apenas la edad risueña de la existencia y se distinga por una especie de melancolía, de desfallecimiento, de disgusto, hacia sus admirables creaciones, impropio de quien debiera contemplar el porvenir á través de una atmósfera de color de cielo. Y es que, en medio de la gloria que le rodea, Pradilla siente dentro de sí mismo algo que le empuja hacia derroteros distintos; algo del *divino desconocido* que le deja vislumbrar un arte superior, una escuela propia, un género histórico adecuado á sus alientos, aprisionados por la dura ley de la necesidad, que hace que los artistas sean hombres, siendo así que poseen, dioses en la tierra, el don de crear lo increado todavía.

Debe Pradilla á unas tercianas pertinaces el haber pasado desde Zaragoza á Madrid, donde entró, poco más que de aprendiz, en el taller de los pintores escenógrafos Ferri y Busato. En esta humilde situación, robando horas al descanso, frecuentó como alumno la Academia de Bellas Artes y empezó á pintar con colores molidos por su propia mano, puesto que sus recursos pecuniarios no le permitían comprarlos preparados. La Academia le fatigó muy pronto, porque la rancia pedagogía mal se aviene con las tendencias de los espíritus levantados. Sus impresiones de niño en este punto y sus continuas meditaciones acerca de la enseñanza del arte, le han inspirado ideas profesionales completamente suyas; pero su criterio no ha prevalecido en el Estado: los gobiernos españoles tienen hartos que hacer con ganar elecciones y sostener estériles campañas parlamentarias, para preocuparse de cosas tan fútiles como las manifestaciones del arte.

Pintando acuarelas y dibujando para periódicos ilustrados, ejercicio que por aquel entonces pertenecía á los *medios de vivir que no dan para vivir*, como dijo Larra, le encontró en Madrid el inolvidable Fortuny, que con ser tan joven era ya una lumbrera. Fortuny adivinó á Pradilla, le dijo que la naturaleza era el libro sagrado en que los pintores debían sorprender los secretos del arte; y el alma de nuestro dibujante, enfriada por el descorazonamiento, se sintió vivificada por un rayo de sol, sol de esperanza, que reflejó en su frente desde la frente coronada de Fortuny. Hizo oposiciones á una pensión en Roma, y obtuvo la plaza.

Los pensionados en la ciudad eterna han de corresponder á la insuficiente protección del gobierno, remitiendo tres obras en otros tantos plazos. La tercera obra remitida por Pradilla fué... el cuadro de *doña Juana la loca*. España contempló admirada aquel lienzo, que es todo un poema de sentimiento y de amor desgraciado; París confirió, en certamen universal, la medalla de honor al autor de esa escena, que hace sufrir escalofríos al que la contempla; y en ese concierto de voces unánimes en el aplauso, sólo una voz disuena; es la de Pradilla que exclama tristemente:

— ¡Ah! ¡Si yo hubiese tenido tiempo y recursos para hacer un cuadro!...

Otro tanto, poco más ó menos, se lamentaba el ilustre artista cuando en el salón de conferencias del Senado español resonaban los aplausos de cuantos contemplaban la *Rendición de Granada*, á cuya vista puede decirse verdaderamente que, ó nunca tuvo lugar la escena que representa, ó debió tener lugar como la representa Pradilla.

Y esos lamentos del ilustre autor no son alardes ensayados de falsa modestia para atraerse doblemente la voluntad del público; sino que Pradilla, cual otro Andrés Chenier al tentarse la cabeza que la guillotina iba á separar de su tronco, se olvida de lo que ha producido y piensa únicamente en lo que hubiera podido producir.

Estudiando al autor en sus obras, se echa de ver que no todo en ellas es simple fuego sacro, sino que el estudio ha completado al genio. Pradilla ha visto mucho, ha leído mucho y ha estudiado mucho. Sin apercibirse él mismo quizás, ha resultado ser un excelente crítico, un aprovechado historiador y un erudito arqueólogo. La contemplación extática de la naturaleza ha producido sin duda su exquisito sentimiento; pero luego el estudio ha reformado las primeras impresiones; el análisis de las pasiones le ha revelado la manera de darlas forma debida, histórica y fisiológica; y si una aspiración altísima le inclina á la más difícil y seria de las manifestaciones del arte, no tiende el vuelo á los espacios propios de la reina de las aves, sino cuando está seguro de que cuenta con las alas del águila.

¿A qué escuela pertenecen las obras de Pradilla? Aun cuando nuestro artista no niega su admiración ni sus

simpatías hacia los grandes pintores franceses; sin embargo, sus lienzos tienen cierto carácter propio, cierta tendencia a emanciparse por su sola cuenta, hasta llegar al supremo *desideratum* del genio, la originalidad en la manera de hacer. A este objetivo se encamina, y cuando llegue a él, de fijo habrá conciliado la forma natural, fuera de la cual no hay verdad, con la forma poética, fuera de la cual no hay genio. Su *Juana la loca* es una demostración muy adelantada de esa aspiración de alto vuelo: su autor, digámoslo así, *ha pintado una elegía*.

Pradilla es joven aún: tiene delante de sí tiempo bastante para realizar sus ideales. Si en su noble ambición de artista se propone la audaz empresa de llegar a la región del sol, hemos de confesar que el Icaro del arte no tiene en esta ocasión alas de cera.

#### EN LA CAZA DE CETRERÍA, cuadro de H. Vogel

El autor de esta obra debe haberse propuesto pintar un incidente cinegético: únicamente, y pese al título del cuadro, no son aves ciertamente lo que caza nuestra pareja. Si tales episodios tenían lugar en esa clase de ejercicios, ya nos explicamos porqué tuvieron tantos aficionados en la Edad Media.

Hemos de suponer, sin embargo, que Vogel, más que criticar una costumbre, hase aprovechado de ella para pintar un hermoso grupo que le acredite como artista correcto y elegante. No es dado a quien domine menos que Vogel el dibujo, combinar la actitud de esos amantes de modo que no resultara violenta: el autor ha vencido hábilmente las dificultades, y la naturalidad es tal vez la condición más saliente de esa bella obra.

#### CAZA DE LOBOS, cuadro de Antonio Kowalski

Es Rusia, por su extensión, el primer imperio del mundo, si se exceptúa quizás el imperio chino. En los dominios del Czar reinan toda clase de climas; y en su consecuencia se producen toda clase de vegetales y nacen toda suerte de alimañas y animales feroces. Entre estos, el lobo y el oso son los más comunes; y por ser los más comunes son los que más daños causan y, por ende, son los más perseguidos.

El hábito de esta caza y las mayores ventajas obtenidas por el cazador cuando se apodera de la fiera viva, han dado lugar al empleo del lazo, en cuyo manejo hay cosacos tan diestros como el más diestro americano.

El cuadro de Kowalski que representa una de esas cacerías, es de composición correcta y vigorosamente ejecutado. El cazador, que constituye la figura principal, está bien estudiado como tipo y actitud; siendo, asimismo, notable el caballo que monta. El campo en que la escena tiene lugar, ha de haber ofrecido al pintor bastantes dificultades de ejecución, que ha vencido con arte, obteniendo todo el efecto que se propuso y que el color debe realzar poderosamente.

#### DOS CAMAFEOS ROMANOS

(Conclusión)

Galba pensó en restaurar la sociedad antigua, en hacer renacer del seno del epicureísmo una idea estoica en el Imperio.

A este fin puso sus ojos en un joven patricio, esperanza de las clases nobiliarias de Roma. Este joven, que se llamaba Pisón, había pasado los días más hermosos de la juventud en el destierro y odiaba la tiranía. Su martirio era como una aureola de gloria que cubría sus sienes y elevaba su frente sobre todas las frentes. Era de la familia de Pompeyo, a cuyo nombre asociaba la nobleza los recuerdos más hermosos de la República. La pluma aristocrática de Tácito se goza en delinear esta imagen como una luminosa esperanza, que flotaba sobre aquella negra noche en que había huído para siempre la libertad romana. Así lo trasmite a la posteridad grave, severo, melancólico, taciturno, misterioso, imagen fiel y real de la idea estoica, en que gran parte de la aristocracia se había refugiado después de las amarguras que le trajera la caída de la República. En todas las palabras que se atribuyen de común acuerdo a Galba se siente el eco de la antigua República. La idea republicana cruza por la mente del viejo Emperador; pero su brazo no tiene fuerza para esculpir en el espacio esa idea. Así encomienda a Pisón este legado, y al verlo, joven y fuerte, se conmueven con una gran esperanza sus entrañas. Pisón muestra no desear, sino merecer el Imperio. Elegido entre tantos, ni una palabra de entusiasmo cruza por sus labios, ni un rayo de alegría por su frente. Las palabras que Galba dirigía a Pisón, eran el resumen de toda la filosofía estoica. El gran principio de: «No hagas a otro lo que no quieras para tí,» fué grabado en la conciencia del joven. Galba muestra deseo de volver a comenzar la libertad perdida; pero conoce que el pueblo no puede ser ya enteramente libre ni enteramente siervo. La adopción se verifica ante los soldados y ante el Senado, Pisón se muestra resignado en el campamento, respetuoso en el Senado. Su ánimo piensa sin duda refrenar la milicia y enaltecer la ley. Era esta una conspiración contra la eterna lógica de la historia. En un día querían destruir dos hombres, medio siglo de acontecimientos y de grandes revelaciones del espíritu. La naturaleza, que tiene relaciones misteriosas é incomprendibles con la conciencia, cuando Galba presentó a Pisón en el campamento estalló en una gran tormenta, como protestando contra aquella conjuración del hombre, que intentaba cortar la corriente impetuosa de los hechos. El estoicismo republicano lanzaba en Pisón sus últimos fulgores, el postrer destello de su luz moribunda, que se extinguía al soplo de la Providencia.

En aquella sociedad existía la lucha entre dos ideas, entre la idea estoica y la idea epicúrea. Los instintos epicúreos no podían estar por largo espacio de tiempo dormidos y habían de disputar el paso a sus contrarios. La idea epicúrea, que llegara a su apogeo en Nerón, personificóse en Othón, que había auxiliado a Galba con esperanza de sucederle. Cuando vió la adopción hecha por el

César, ardió Othón en ira. Era este Othón un joven sensual, pródigo, disipador, bullicioso, enamorado, calavera, muy parecido a Nerón en ideas y en instintos; compañero de los vicios de éste, dado a ir por la noche de casa en casa y de calle en calle inquietando a los pacíficos habitantes; sorprendiendo a las más hermosas doncellas en su lecho; siempre en danzas, juegos y festines; cargado de deudas, pues a sus ojos, Nerón era demasiado avaro y económico, y en prueba de esto, se cuenta que habiéndose inquietado Nerón porque se habían vertido algunas gotas de una esencia muy preciada y costosa, al día siguiente la derramó Othón delante del César como agua en su casa; encubridor de los vicios de sus amigos, hasta el punto de tomar por mujeres propias las más prostitutas mancebas; supersticioso como convenía a un amigo del pueblo y del ejército; afeminado en su vestir, sobre todo en su peinado, pero viril por carácter y fuerte en los combates; hermoso de cara, si bien deforme de cuerpo; adulador de la plebe, codicioso del Imperio, no sólo por el natural deseo de mandar, sino por libertarse de la infamia con el pago de sus deudas; imagen fiel del Emperador que había perdido Roma, de Nerón, y por lo mismo popular, y deseado por todos los que anhelaban la dictadura plebeya y la humillación de la nobleza y el reinado del placer, único anhelo de aquella sociedad gastada y cancelosa.

Los ánimos en Roma sólo habían menester para encenderse, un soplo. Los soldados habían perdido la esperanza de cobrar los donativos, pues, ni en el día de la adopción, día sagrado, les había hecho Galba el más leve agasajo. La gente plebeya estaba aún de peor talante, cansada de aquella rigidez de principios en el César y aquella liviandad de obras y acciones en sus libertos. El Senado, perdida su grandeza, no podía avenirse a su merecida servidumbre, y en cada nueva mudanza creía encontrar un nuevo remedio. Las legiones extranjeras, roto ya todo freno, habían en Germania desconocido la autoridad de Galba y proclamado la autoridad del glotón Vitelio. Los soldados de la marina, diezmados por el Emperador tan sin justicia y sin consejo, afilaban sus armas ofreciéndolas al primero que quisiera empuñarlas y esgrimir las. Galba estaba, pues, como tendido sobre un volcán que iba a estallar, y al impulso de la primer mano que abriese su ardiente cráter, y esta mano audaz era la mano de Othón, sí, de Othón que no tenía más ansia que el Imperio, pues, sin honra para merecerlo, aun le quedaba aptitud para alcanzarlo. Sus labios estaban siempre abiertos para verter palabras de adulación en el pueblo y su bolsa abierta para derramar oro en el ejército. Su casa era el alojamiento de todos los disipadores, el festín de toda la gente alegre y de poco seso. Elocuente, audaz, ambicioso, gastado, no perdonó medio para combatir a Galba y pisar la cima de la Ciudad Eterna. Y todo el dinero para preparar la conjuración, lo allegó pidiéndolo prestado a un esclavo del Emperador. Sin gente casi, lo esperaba todo del odio del pueblo a Galba y del amor del ejército al oro. La conjuración estaba tan preparada, que una noche al salir de un festín se hubiera dado el grito, a no impedirlo el temor de que se malograra por la oscuridad y la incertidumbre de las guardias pretorianas.

Por fin sonó la hora. Un día de mediados de enero estaba Galba sacrificando a los dioses y pidiéndoles la salud del Imperio; el fuego ardía en el altar, el humo del sacrificio se disipaba como una nube ligera entre las columnas; las entrañas de la víctima palpitaban; el sacrificador seguía con ojos ávidos el augurio; los libertos rodeaban al César, y a un lado se veía anhelante, fatigado por mil pensamientos, mirando, ora al ara, ora a la puerta, a Othón, que oía de los labios del augur su propio pensamiento, el anuncio de la conjuración escuchado con frialdad por Galba y con espanto por su gente. Después de esto, a una señal convenida, abandonó Othón el templo y el sacrificio, y se dirigió al Foro. Una litera le conducía, pero sus esclavos no le podían llevar según su deseo y su impaciencia, y abandonó la litera. Dióse a correr, y aunque se le soltó el calzado, sin punto de reposo, ni ánimo para detenerse, aceleró la carrera. Por fin llegó en medio del Foro, al pie de la columna que era el centro de todos los caminos de Italia.

En aquel sagrado lugar, testigo de todas las glorias de Roma, donde quiera que Othón volviere los ojos, encontraba ejemplos de fidelidad y heroísmo, que mudamente condenaban su acción, pues allí se reunían para proteger al Imperio, el rey de los sacrificios que elevaba una incesante plegaria a los dioses para la salud de la Ciudad Eterna, que Othón iba a perturbar; el templo de Saturno, donde se guardaba el tesoro que Othón quería dilapidar; el templo de César, del fundador de aquel Imperio que Othón quería profanar; el templo de Cástor y Pólux, consagrado a la libertad patricia, cuyo renacimiento Othón quería impedir; el tribunal del Pretor donde se prestaba el juramento que Othón iba a romper; el lago Curcio; la estatua de Celio y de Marco Tulio; las imágenes de Sila y de Pompeyo; la tribuna de los Rostros, en que hablaban todos los grandes oradores; la estatua ecuestre de Augusto; los milagros de elocuencia, de heroísmo, de grandeza de aquella Roma que Othón iba a prostituir; la imagen de los dioses patrios del Olimpo romano; la figura de la loba que amamantó a Rómulo, todos los genios que formaban el poema de aquellos dogmas que Othón iba a herir; el monte Capitolino levantando en sus cimas los edificios que guardaban el alma de aquellos derechos que Othón iba a pisotear; la vida, en una palabra, de la antigua Roma, de sus héroes, de sus guerreros, de sus oradores, de sus mártires, que parecían animarse en me-

dio de aquella tempestad para confundir a su degradado é indigno hijo.

La soledad de la plaza debía atemorizar a Othón; pero su ánimo resuelto no se dió a la duda ni al desaliento. De un lado a otro corrían unos cuantos soldados dispersos, y aquellos soldados fueron el principio de una sublevación que debía dar en tierra con el poder de Galba. Otro hombre de menos aliento que Othón, al ver el escaso número de sus allegados y la magnitud de la empresa, hubiera retrocedido con temor y espanto; pero la desesperación tomaba en él la forma del heroísmo. La vida le era difícil sin el poder y la victoria. Así cuando aquellos veinte soldados que andaban sin norte por el Foro, le cogieron en brazos y le alzaron y emprendieron el camino de los cuarteles, donde estaba reunida la milicia, el ánimo de Othón creció como esas aves, reinas de los vientos, que vuelan con mayor empuje cuando la tempestad hiere sus alas. Los soldados que andaban murmurando de la avaricia de Galba, de su tacañería, de su remisión en pagar las donaciones prometidas, acariciando el puño de las espadas hambrientas de venganza, aguardaban sólo que cualquier ambicioso pretendiera el Imperio; y así que vieron al amigo de Nerón, al epicúreo querido de todos los calaveras de Roma, al pródigo que tanto dinero les había dado, le siguieron, le aclamaron, le ofrecieron la corona del mundo, pendiente de su tornadiza voluntad. Y a pesar que en el camino se habían reunido soldados y gente, no era el número bastante, no ya para triunfar, ni aun para amenazar a Galba. Pero al ver el soldado que guardaba la puerta de los alojamientos militares, venir tanto tropel, un senador en una silla como en triunfo, espadas desnudas que centelleaban a la luz del sol, gentes inquietas, gritando como si acabaran de conseguir una victoria, franqueó el paso y entraron, y al ruido de tantas aclamaciones, unos por voluntad, otros por puro instinto de imitación, siguieron a los conjurados y fué obra de un minuto arrojar en el suelo la estatua de Galba y poner en el solio a su competidor Othón. Este con la mano saludaba al ejército, con los labios le enviaba plácemes y hasta besos; confundíase en el polvo, doblaba la frente, se rendía, se humillaba, se arrastraba a sus plantas, imprecaba a Galba, traía a la memoria el recuerdo de su avaricia, señalaba las ricas y hermosas casas de sus libertos, se entregaba a todo linaje de viles acciones y palabras para lograr el dominio de Roma.

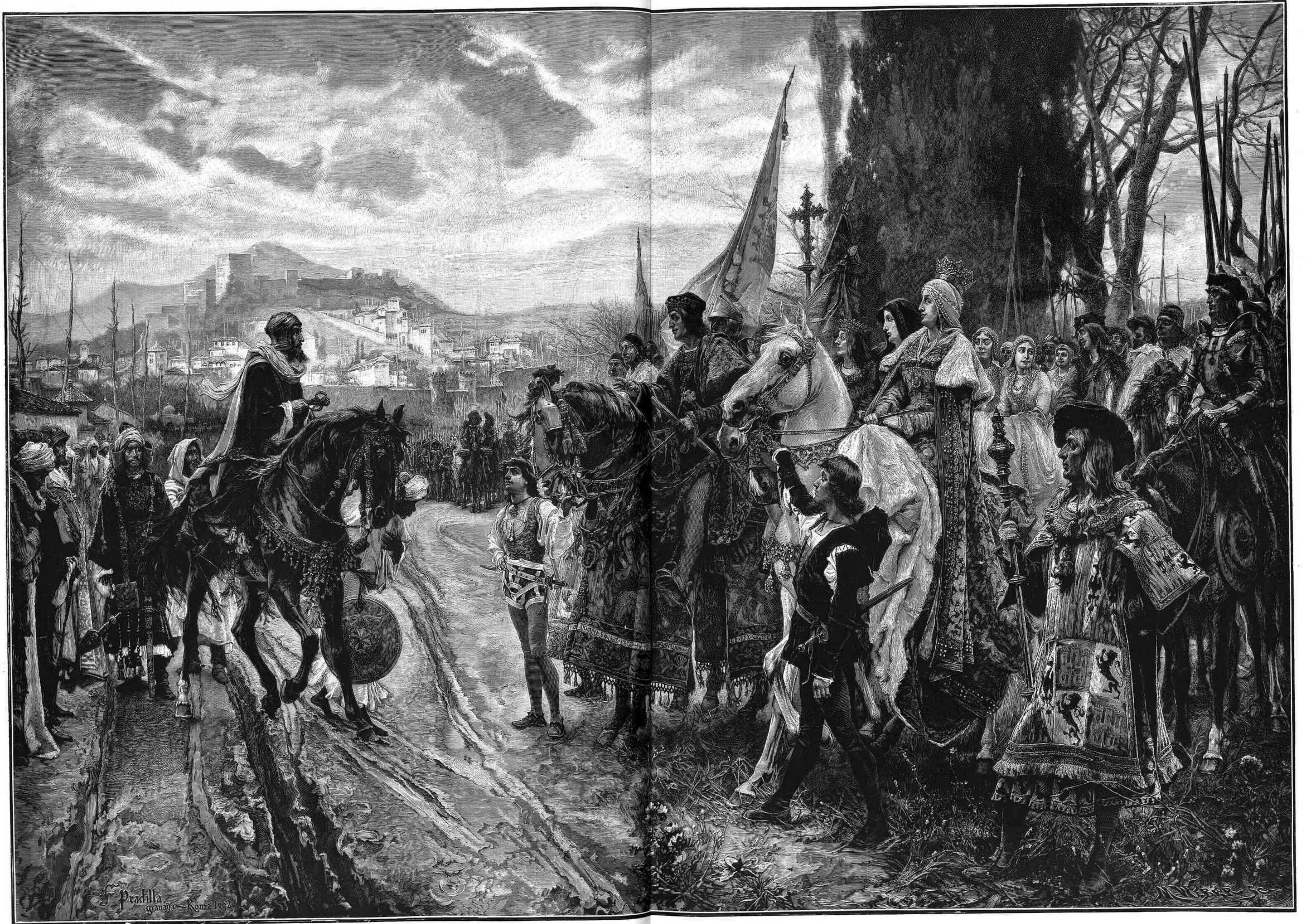
Mientras Othón subía al trono, Galba importunaba con sus plegarias a los dioses. El estoico Emperador no era muy religioso, pues a pesar de las señales contrarias del cielo, había adoptado a Pisón, y en aquel momento supremo en que acababa su vida y su imperio, renacía como por instinto y sin conciencia, un sentimiento religioso en su seno. No bien había acabado el sacrificio, cuando llegó al palacio la noticia de la conjuración. Galba al pronto no quería creerlo; dudaba, temía, y estaba indeciso, sin voluntad y sin pensamiento. Sus libertos mismos le hacían traición en aquel instante supremo, y Tito Vinnio volvía los ojos al nuevo astro. La gente popular, ansiosa de espectáculos, rodeaba el palacio, más para ver aquella tragedia, que para auxiliar con sus fuerzas ó con sus deseos a Galba. Unos creían que debía echar mano de sus esclavos y de sus domésticos, fortificarse en el palacio, esperar allí el combate de los conjurados, é invocar allí el auxilio del pueblo, herido en su Emperador; pero otros creían que debía abandonar su palacio, ir, rodeado de majestad, delante de los conjurados, hablarles, prometerles paz, y lograr que cayeran rendidos por la persuasión a las plantas del amo del mundo. Galba no sabía qué hacer. La guardia germana le era hostil por haberla despreciado; la guardia marina más hostil aún por haberla herido y diezmado; y no confiando en sí mismo, envió para que les tocara el corazón a su hijo adoptivo, causa inocente de todos sus males. Mientras estos hechos corren y suceden se siente un gran rumor, la muchedumbre grita, las puertas caen a su empuje, el pueblo y los soldados inundan intercolumnios, pórticos y patios; el Emperador tiembla, sus esclavos le rodean, la ansiedad y el tumulto crecen; pero entre tanta confusión se adivina que Galba ha triunfado, porque de otro modo le rodearía el abandono, compañero del vencimiento; la soledad, única amiga de la muerte. Y en efecto, entre tanta gente aparece un soldado, con una espada desnuda tinta en sangre, diciendo que había matado al enemigo del Imperio, a Othón. Este gran engaño fué obra de los othonianos, que se llevaron la mira de sacar a Galba de su palacio, para mejor asaltarle en calles y plazas, y tomar de él pronta venganza.

En efecto, Galba se ciñó su cota de malla, colgó al cinto su inútil puñal, y como no pudiera moverse, entró en una litera, dirigiéndose a la insurrecta milicia. El pueblo había inundado las calles y llevado de su curiosidad ocupaba los atrios de los templos, las puertas de las casas, los pedestales de las estatuas y columnas, y hasta la cima de los grandes edificios, sin tumulto, como si recogiera el aliento para no perder ni una palabra, ni una escena de aquella gran tragedia. Importábase poco su nuevo dueño, y sabía que para él sólo se trataba de la mudanza de nombre en su negra servidumbre. Entraba Galba por el Foro cuando vió venir por la parte opuesta los soldados. Estos, sin consideración alguna a la majestad del Imperio, sin respeto a la vejez del Emperador, como si pelearan contra un enemigo de Roma, como si trataran de vencer algún príncipe extranjero, que hubiera hollado la augusta grandeza del Capitolio, ó herido a los dioses patrios; en medio del Foro, allí, donde se levantaban tantos altares y tantos tribunales, allí donde el numen de la Ciudad Eterna guardaba todos sus gloriosos recuerdos; allí



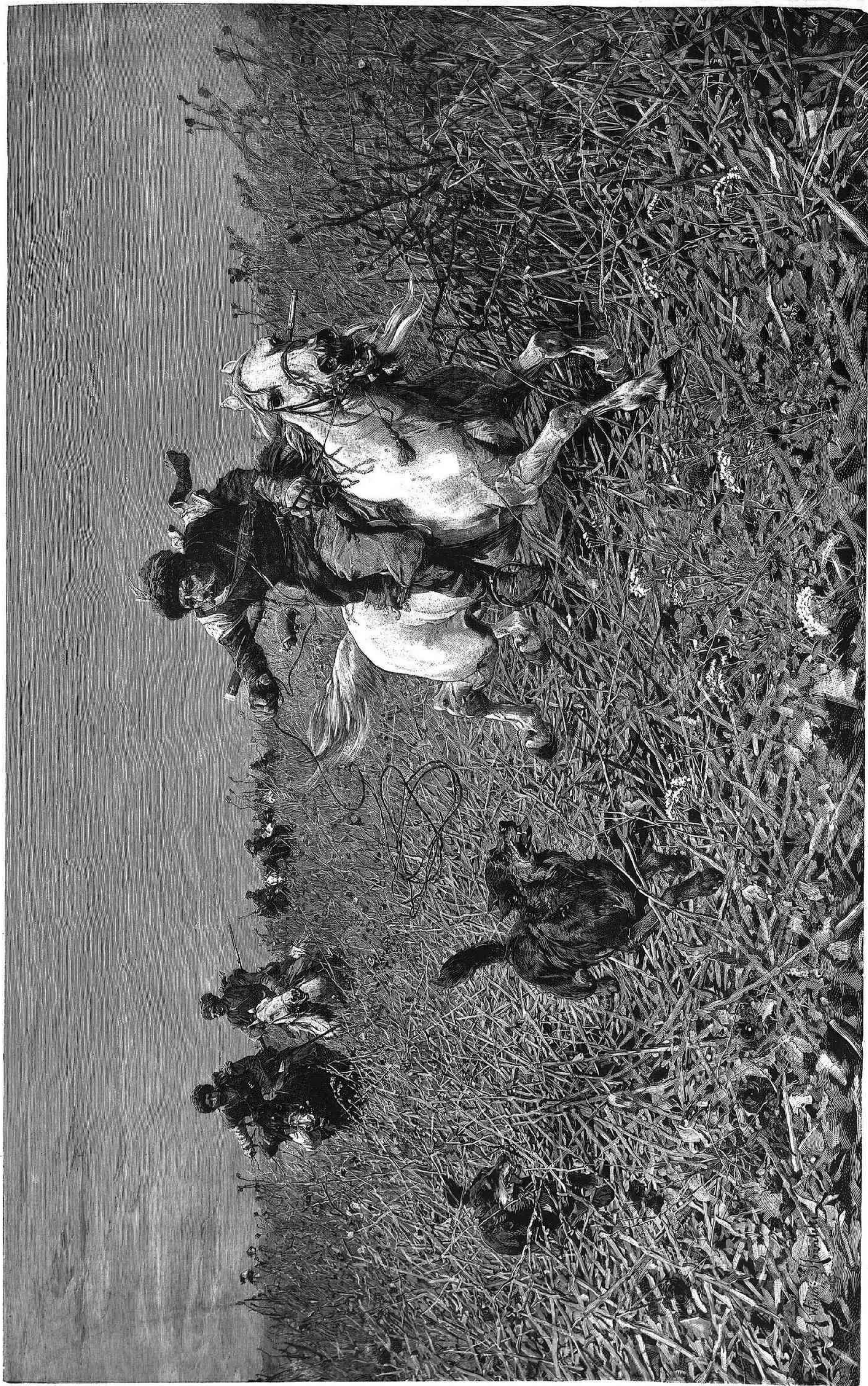
EN LA CAZA DE CETRERÍA, cuadro de Herman Vogel





LA RENDICION DE GRANADA, CUADRO POR F. PRADILLA





CAZA DE LOBOS, cuadro de Antonio Cowalski





TRAJES TURCOS DE TREBIGNE, apunte á la pluma del celebrado dibujante español Vierge

donde resonaba todavía la voz sagrada de la República; en aquel templo cuya tierra era polvo de los huesos de los héroes romanos, de los que dilataron sus victorias por todo el universo; en aquella tierra en que dormían tantas generaciones, en que había brotado la idea del derecho; allí aguardan á su Emperador como para más ennegrecer su crimen, y le asaltan y le derriban en el suelo, y le abren mil heridas, y lo pisotean, y le cortan la cabeza, no porque hubiese faltado á sus juramentos, no porque hubiera arruinado al pueblo, sino porque no había abierto la mano para derramar en campos y plazas sus tesoros, único medio de conservar la corona que se vendía como en pública almoneda. Así murió Galba; cerca del lago Curcio, lugar respetado siempre por los romanos, como espacio de una de sus más grandes glorias. Su cabeza fué metida en un saco; su cuerpo abandonado en el campo. Los mismos que le habían aclamado victorioso, le injuriaban muerto; flaqueza muy propia de gente pervertida por el hábito de la servidumbre.

EMILIO CASTELAR

## EL PAGARÉ

POR DOÑA CAROLINA CORONADO

(Continuación)

## IV

El Duque se enderezó en toda su estatura, y animando su fisonomía con todo el calor de la nobleza que pudo recabar de sí, sacó un puro, de dos que le quedaban, y esperó en su cuarto á pie firme la entrada de Samuel, pues no podía ser otro desgraciadamente.

Samuel era un hombre de regular estatura; enjuto, de finos rasgos, demasiado finos, pues tenía la nariz afilada en extremo y los labios en extremo delgados. Su ademán era como de querer bajarse para recoger en el suelo alguna cosa, y la postura del brazo izquierdo pegado al costado le hacía parecer manco, aunque no lo era. Vestía de paño negro blanquecino, corbata de sarga negra, con un alfiler de camafeo, busto de la reina Victoria, y traía guantes de punto negro de algodón y un bastoncillo de bambú, rematando en una cabeza de lagarto.

— Buenos días, señor Duque, — dijo Samuel inclinándose con distinción y tocando respetuosamente con la punta de los dedos la mano que le tendía el Duque.

— Bien venido, Samuel, — contestó éste ofreciéndole el puro que le quedaba, é invitándole á sentarse á su lado en el canapé. — Ante todo, ¿cómo está Disraeli?

— Muchas gracias, señor Duque, no fumo; mi tío se halla aliviado de su indisposición y ya pudo ir á Windsor donde la Reina le esperaba impaciente.

— ¿Hay crisis?

— El ministro en Madrid que ha venido á pasar unos días en mi casa, me dice que mi tío será llamado al gabinete.

— Disraeli es sin duda el único que puede resolver las cuestiones que tienen Vds. en Inglaterra.

— Que tienen ellos, señor Duque, yo no soy inglés sino porque nací en Londres.

— Usted no es inglés, pero su interés político...

— Yo no tengo interés político ni en Inglaterra ni en ninguna otra nación.

— El interés que se relaciona con los negocios

— Los negocios, señor Duque, no deben jamás tener relación alguna con la política.

— Pero en un país perturbado el negocio de minas, por ejemplo.

— Pasa por encima de los trastornos.

— Yo no puedo decir eso: los trastornos políticos son los que arruinan nuestra empresa.

— No, señor Duque, lo que arruinó sus empresas de minas fué la mala fe de los ingenieros y la negligencia de los empleados.

— ¿Y las huelgas promovidas por los revolucionarios?

— Producen una suspensión temporal en los trabajos y eso es todo. El mineral allí queda.

— ¿Y los ferro-carriles?

— Lo mismo. Cuando tienen las sociedades una base sólida, sufren alguna interrupción los dividendos, y pasado el chubasco, unas y otras acciones crecen en valor, porque estos escarceos populares producen siempre en la industria adelantos progresivos.

— Yo no soy progresista.

— Lo comprendo, señor Duque, — replicó Daniel con finísima sonrisa, — y por eso no me explico cómo se entregó atado de pies y manos á las especulaciones modernas. Para los negocios se necesita...

— No ser caballero.

— No digo tanto, pero ser más práctico.

— Es verdad.

— Ya eso no tiene remedio.

Guardaron unos compases de silencio mientras el Duque volvía á encender el cigarro y Samuel daba vueltitas al bastón haciendo nuevo examen de la cabeza del lagarto, y luego dijo el Duque:

— Mi pagaré vence hoy.

— Venció á las diez, señor Duque.

— Estoy pronto á renovarlo.

— Este pagaré no consiente renovación.

— ¿Por qué?

— Por haber consignado en él, improrrogable.

— Pero como el acreedor es V., puede V. mismo...

— Eso es lo que no haré.

El Duque se puso del color del maíz seco y arrojó el cigarro por la ventana. En esto sonó un golpecito y luego otro.

— ¿Quién es? — preguntó el Duque.

— Yo, — replicó Rosita, entrando como un pichón que viene á comer á la mano.

— ¿Quién es? — preguntó el Duque.

— Yo, — replicó Rosita, entrando como un pichón que viene á comer á la mano.

— ¿Quién es? — preguntó el Duque.

— Yo, — replicó Rosita, entrando como un pichón que viene á comer á la mano.

— ¿Quién es? — preguntó el Duque.

— Yo, — replicó Rosita, entrando como un pichón que viene á comer á la mano.

— ¿Quién es? — preguntó el Duque.

— Yo, — replicó Rosita, entrando como un pichón que viene á comer á la mano.

— ¿Quién es? — preguntó el Duque.

— Yo, — replicó Rosita, entrando como un pichón que viene á comer á la mano.

— ¿Quién es? — preguntó el Duque.

— Yo, — replicó Rosita, entrando como un pichón que viene á comer á la mano.

— ¿Quién es? — preguntó el Duque.

— Hija mía, — exclamó el desgraciado, asiéndose á su hija como el condenado á la efigie.

— ¿Quién es este hombre que te ha puesto triste? — dijo Rosita mirando de hito en hito á Samuel.

— Es un amigo nuestro; acércate y dale un beso.

— No, — replicó con un movimiento de repugnancia, — tiene ojos como los del bastón.

— ¿Te da miedo del lagarto, chiquita? — le preguntó Samuel suavemente.

— No, de tí, de tí.

— ¿De mí, chiquita?

— Papá estaba muy contento.

— ¿Estaba contento?

— Estábamos echando pan á los peces.

— ¡Mala ocasión!

— Y bañando el pato.

— Lo siento mucho.

— Y tú has venido á...

— Señor Duque, — dijo Samuel, — esta niña es muy graciosa, pero yo tengo que volver á horas fijas.

— Sí, V. tiene razón; vamos á ver cómo arreglamos esto.

— No hay más arreglo que cancelar.

— Pero como no tengo disponible esa cantidad, será preciso reunir algunos objetos.

— Haga V. salir á la niña y hablaremos con libertad.

## V

¡Qué expresión la del rostro del Duque cuando hizo salir á Rosita! Era como arrojar al ángel de la guarda para entregarse al demonio en figura de Samuel. Su mirada desgarradora siguió fija en la puerta después de cerrada como si quisiera traspasar las maderas que le impedían ver los rayos de aquella luz, única que brillaba ya en la horrible tiniebla que había envuelto su vida. El remordimiento, como una serpiente que anida en la cabeza y da latigazos al corazón, le embargaba los sentidos. Así cayó sin aliento en una silla, ofreciendo, por señas, á Samuel que se sentara, lo que no quiso este aceptar.

— Gracias, señor Duque, gusto estar de pie y siento mucho la situación violenta de esta familia, pero no puedo remediar su mal.

— Voy, Samuel, — contestó el Duque haciendo un esfuerzo, — á explicar á V. algunas cosas y tal vez nos entendamos. Yo estoy arruinado, es verdad. La quiebra de la compañía de minas y el cataclismo de las empresas de ferro-carriles me obligaron á vender precipitadamente mis posesiones del Rhin; y los préstamos sobre las fincas de mi mujer para sostener la administración hechos en condiciones ruinosas...

— Señor Duque, el trece y medio por ciento no creo que sea usura.

— No digo usura, pero el apremio de los intereses me obligó á vender las fincas.

— Yo no pude evitarlo; los plazos vencían.

(Continuará)



LA MONJA, dibujo á la pluma de Antonio Fabrés

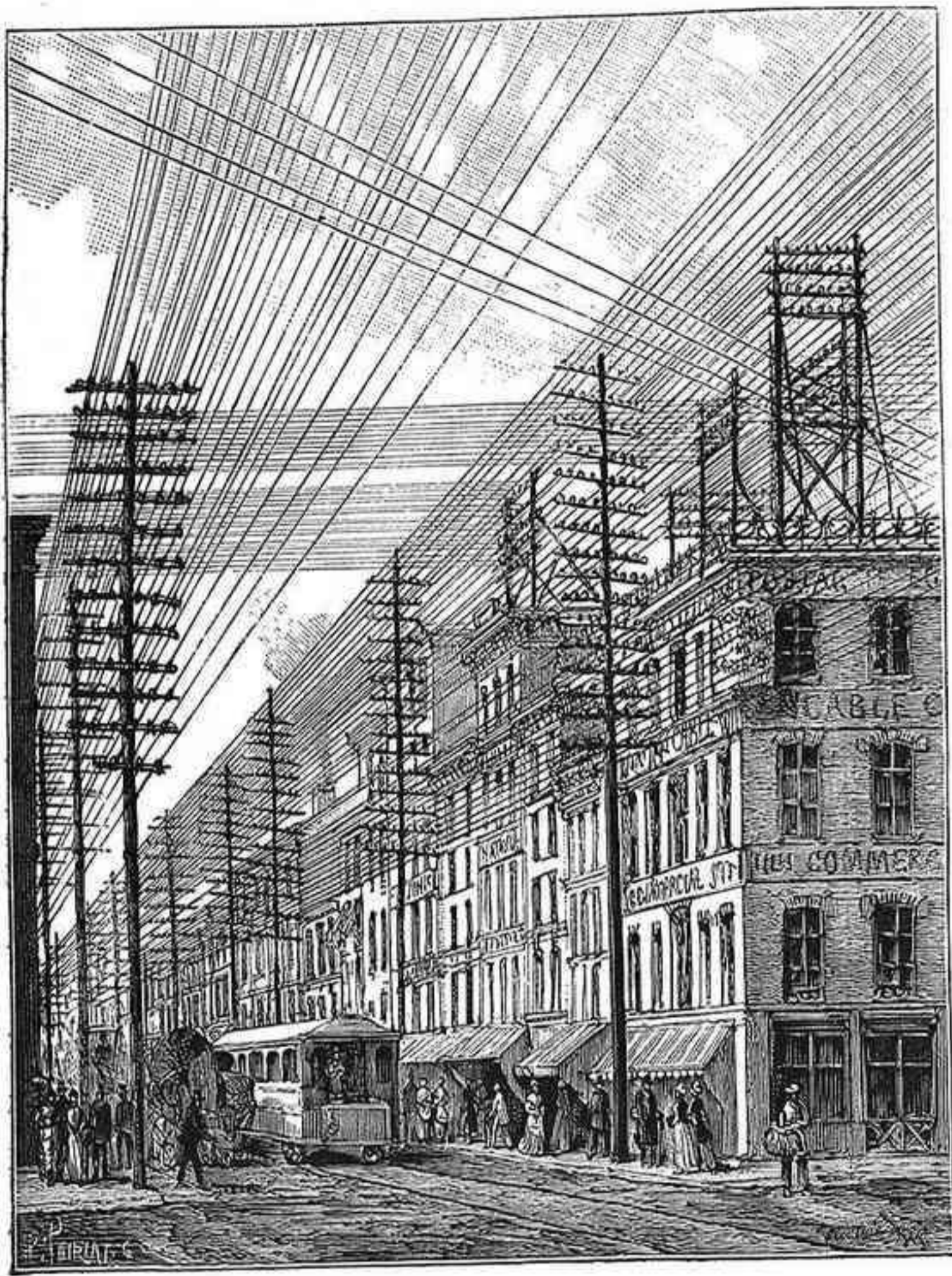


Fig. 1.—Los hilos del telégrafo eléctrico aéreo en Filadelfia.—Esquina de Chestnut street y de Third street. (Tomado del natural.)

CARTA DE AMÉRICA

Filadelfia.—Los hilos telegráficos.—El domingo y las limonadas de los farmacéuticos.—«Las bolas pagadoras».—Los grandes almacenes.—La fábrica Baldwin

Pasar un domingo en Filadelfia es cosa nada alegre. Novecientos mil habitantes están en sus casas retirados y tranquilos; las calles desiertas comunican á la ciudad el aspecto de un vasto cementerio. En las principales vías, sin embargo, los coches de los tranvías corren aún, y se ven algunas personas que se apresuran á volver á sus casas. Los alambres telegráficos, telefónicos y otros son tan numerosos, que debajo de ellos apenas llegan al transeunte los rayos del sol. Las sombras que proyectan los hilos metálicos más gruesos se hallan en el ángulo de Chestnut street (calle de la Castaña) y de Third street (calle Tercera), representadas en nuestro grabado (fig. 1); los postes telegráficos sustituyen á los árboles, cuyas hojas, de un delicado color verde, no son otra cosa sino los aisladores de cristal ó de porcelana, fijos en su tallo de madera: sirven para sostener la inmensa tela de araña formada por los innumerables alambres.

Los almacenes permanecen abiertos en apariencia, y como no hay tablas correderas, los escaparates brillan y están abiertos lo mismo que durante la semana. Parece que esta medida molesta á los ladrones, pues por la noche se pone una luz en el fondo del almacén, de modo que los agentes de policía podrían observar fácilmente las operaciones de los cacos. El robo que se efectuó en una platería de la Avenida de la Opera, en París, no se habría podido realizar, seguramente, en Filadelfia, pues los municipales hubieran visto á través de los vidrios las tentativas nocturnas de los rateros parisienses.

Las calles desiertas de Filadelfia no ofrecen el menor atractivo, y lo natural es dirigirse hacia las orillas del admirable Delaware.

En la extensa superficie líquida hay numerosos buques mercantes, y las hermosas líneas azules trazadas por las aguas del río, de rápida corriente, presentan un espectáculo magnífico, que se ve con mucho más placer el día de fiesta, porque se puede contemplar con toda tranquilidad, entregándose á la meditación.

Debajo de uno de los numerosos cobertizos situados cerca del río veo un grupo de espectadores, muchos de los cuales permanecen en pie, mientras que otros están sentados en fardos de mercancías diversas; en medio de aquella gente, una especie de clérigo entona cánticos con su esposa, y después pronuncia un discurso sobre la perversidad de los tiempos que atravesamos. Amenaza á la multitud con la cólera del cielo, y dice que Filadelfia, Nueva-York y otras ciudades serán incendiadas y precipitadas en los abismos, si los oyentes no obedecen á sus preceptos.

Después de escuchar estas amenazas, poco caritativas y espantosas, sufriendo los rayos de un sol abrasador, experimentase la necesidad de reposar un instante, y hasta de tomar un refresco; pero ¡ay! todas las tiendas están cerradas, por ser domingo, y no hay medio de encontrar un solo café ó tienda de licores abierta. Afortunadamente tenemos aquí las farmacias, donde se encuentran todas las bebidas y limonadas que la civilización humana ha inventado; los farmacéuticos tienen en su almacén, junto á las drogas de toda especie, frascos á la antigua, de mármol raro, provistos de caprichosas espitas, y gracias á esto por algunos cuartos se obtienen el domingo todos los re-

frescos que en las cervecerías no se pueden vender el día de fiesta.

Satisfecha la sed, y recobradas las fuerzas, el viajero debe ir á ver ante todo el soberbio Parque de Fairmount, situado en los alrededores de la Cité; llama la atención por lo grandioso, por sus altas colinas y árboles seculares; está cruzado por el bonito río Schuylkil, y parece que la naturaleza se ha complacido en disponerlo todo armoniosamente en este sitio encantador, con el que, preciso es confesarlo, no podría compararse el bosque de Boloña.

Pasado el domingo, Filadelfia recobra su movimiento extraordinario, y todo se anima como antes, llenándose los almacenes de parroquianos que corren á hacer sus compras: es la resurrección.

En la calle de Chestnut, la calle elegante por excelencia, están los almacenes de MM. Sharpless hermanos, que pueden considerarse como el Louvre: aquí hay un aparato muy curioso, que es la *vía férrea de pago*, y que pudiera llamarse la *bola pagadora*. M. Lamcon es el inventor, y ciertamente no se podría imaginar nada más ingenioso y más cómodo que este sistema, empleado ya en varias ciudades de los Estados Unidos, Filadelfia, Cincinnati, San Francisco, etc.

En el *Louvre* molesta mucho ir á pagar en la caja, como lo saben particularmente las señoras, pues siempre se han de sufrir empujones á diestro y siniestro; pero en el magnífico almacén de la calle de Chestnut se ha obviado este inconveniente. Los compradores no se han de molestar; pagan al dependiente que les ha servido, y se sientan con toda comodidad. El empleado pone el dinero y la cuenta en una bola de madera B (fig. 2), y la hace salir hasta la

corredera CC, que baja apenas recibe la bola, lanzándola á una pequeña vía férrea inclinada, con rails de madera bordeados de cuero para evitar el ruido; la bola llega así al centro del almacén, á las oficinas de la caja, que en número de dos, están suspendidas, como la barquilla de un globo, en medio de la gran sala del establecimiento, pero comunicándose con las galerías por ligeras escaleras de hierro. Hay toda una red de rails de madera para estas bolas, que corresponden con los diferentes mostradores, establecidos en el piso bajo y el principal de los almacenes. Los compradores tienen siempre á la vista esta especie de canalización aérea, con las bolas que corren silenciosamente á su respectivo destino: es un espectáculo que no carece de originalidad.

Los mostradores son numerosos; todas las bolas tienen un diámetro diferente, y llevan números para evitar la confusión. Los diámetros distintos obligan á la bola á seguir la dirección apetecida, pues los rails de madera son de una anchura correspondiente, y los números recuerdan á los empleados el sitio de su mostrador. Cuando el cajero central ha recibido el dinero enviado, da el cambio, pone el recibo, y lo echa todo en la misma bola, lanzándola en el plano inclinado inferior. Llegada la bola á su destino, el dependiente atrae hacia sí la redrecilla E (fig. 2), abre la cajita y entrega el contenido al comprador, que ha esperado en su sitio sin que nadie le moleste: toda la operación no dura más de dos minutos.

Si los almacenes se ven llenos de una multitud elegante, en las fábricas de la ciudad, ejércitos de obreros se ocupan en sus interesantes trabajos.

Los inmensos talleres Baldwin, entre otros, son extraordinarios en su género: es la más grandiosa fábrica de locomotoras de los Estados Unidos.

A la entrada de este palacio del trabajo, gracias á la recomendación de uno de mis buenos amigos de la ciudad, me entregan un pase para visitar todos los talleres.

Entro primeramente en el inmenso pabellón donde se acaban de montar las locomotoras y los wagones-depositos de petróleo; el movimiento es extraordinario, pero pronto se acostumbra uno á él, admirando la actividad de los operarios, y el cuidado con que terminan y perfeccionan su obra. Después se entra en otro pabellón de iguales dimensiones, donde están las máquinas de vapor destinadas á taladrar ó cortar las piezas de hierro ó palastro; aquí están todas las fundiciones, los grandes martillos en continuo movimiento, las salas donde el metal líquido corre en los moldes, los numerosos talleres donde se construyen las piezas de menor importancia para las máquinas, tales como tornillos de toda especie, objetos de cobre ó de acero, etc.; y en fin, las salas de dibujo para los modelos. Se sale de aquí verdaderamente deslumbrado. El ruido atronador de los trabajos causa fatiga en estas fraguas de Vulcano, donde los operarios tienen orden de conservar un mutismo absoluto, prohibiéndose hablar ó preguntar nada á los trabajadores, circuidos de llamas y de humo. La aplicación y la inteligencia reinan aquí como soberanas.

ALBERTO TISSANDIER

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

En cuanto á su lengua, según el P. Pouget, que ha hecho un profundo estudio de los dialectos de la península, no es, como la de las otras tribus salvajes de las montañas del interior, sino un dialecto malayo con mezcla de algunas palabras siamesas.

En los días siguientes visitamos las tribus de los Jakouns, de los Knabouis y de los Udaís: son análogos á los Manthras, y omito los detalles que sólo interesan á la antropología. Encontramos en medio del bosque de *Rangkun* una tribu de Udaís reducida á un hombre, una mujer y tres niños. En medio de un paisaje fantástico y en una choza carcomida es donde viven estos infelices, presa segura para los tigres, cuyos rugidos se oyen todas las noches.

8 julio.—Las supersticiones de que habla Godino y todas aquellas que yo reconozco entre los malayos y las tribus salvajes no tienen nada de muy característico bajo el punto de vista de la etnografía; pero dificultan mucho la adquisición para nosotros de esqueletos y cráneos. Pang Lima, tan obediente en todo, no se acerca á las tumbas sin repugnancia; y las tentativas hechas hasta aquí no nos han permitido recoger más que restos informes, roídos por los térmitas y sin valor alguno.

Sin embargo, no podemos marchar así de la provincia: mientras que el señor Rey, resuelto cazador, aumenta nuestra colección ornitológica, yo hago un esfurezo y consigo al fin obtener un esqueleto en buen estado.

Al día siguiente, mi Manthra pregunta á un chino, á quien cree muy al corriente de las prácticas de los blancos, cuál puede ser la razón que me induce á buscar osamentas humanas á costa de tantas fatigas.

—¡Cómo!—le contesta el chino—¿no sabes tú que ese *orang puteh* (1) es un gran mágico? En su país, valiéndose de sus encantamientos, devolverá á los esqueletos la vida.

—Si es así,—contesta Pang Lima,—voy á buscar los huesos de mi madre.

No me ha costado poco desengañar á mi fiel servidor.

Todas estas poblaciones salvajes del interior son de carácter dulce é indiferente, dominándose sobre todo la pereza. A decir verdad, todos los salvajes podrían asegurarse la subsistencia para sí y sus familias trabajando en las plantaciones chinas de la provincia; pero sería para ellos un suplicio sujetarse á un trabajo regular; de modo que sólo la fuerza puede imponerlos. Prefieren estar perezosamente echados en sus casetas, mascando el betel y fumando, y no se resuelven á sacudir su letargo hasta que les agujonea el hambre, aunque no ignoran que esta vida ociosa los expone á los más duros trabajos. En efecto, los malayos atacan con frecuencia á estos infelices, apoderándose de sus mujeres y de sus hijos y los reducen á la esclavitud. Semejantes atentados se castigan siempre con severidad cuando se conocen; pero ¿cómo se ha de saber en Malaca lo que sucede en el fondo de los bosques? El fugitivo que escapa de sus perseguidores ignora por lo regular la existencia de las autoridades á las cuales podría pedir justicia.

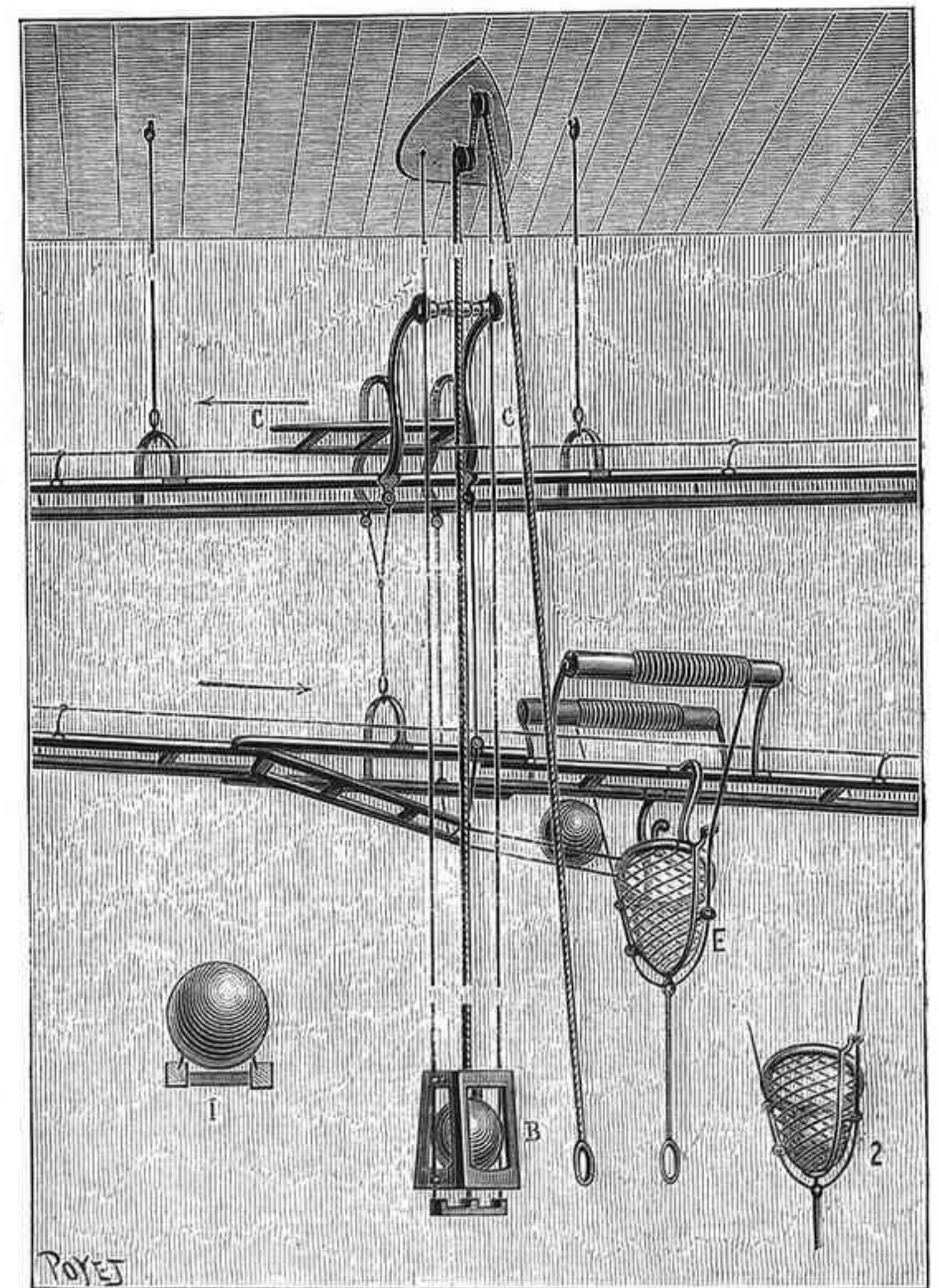


Fig. 2.—La bola pagadora de los grandes almacenes de novedades.

10 julio.—Nos despedimos de M. Rolland, cuya hospitalidad é indicaciones nos han sido tan útiles, y volvemos á Malaca por el camino que antes recorrimos en

(1) Hombre blanco; nombre que se da á los europeos.



Viaje á Filipinas. — Caminero malabar y buhonero chino.

sentido inverso, pero que no nos fué posible reconocer bien porque era de noche.

Este camino, que da vuelta á la provincia, atraviesa tan pronto el bosque como las plantaciones de yuca, y está bien conservado y vigilado. Con frecuencia encontramos dos mata-mata, que así, como los gendarmes, se corresponden de un puesto á otro, y algunos camineros malabares, cuyas esbeltas formas y perfil de águila contrastan notablemente con el tipo malayo; á veces divisamos también algún chino que caza furtivamente, ó que va agobiado bajo el peso de su *pikul*, y que inundado de sudor se dirige al caserío más próximo.

Atravesamos por Durian Thoggal y otros pueblos malayos, que tienen todos el mismo aspecto: en el centro una ó dos tiendas de mercaderes chinos; muy cerca, un puesto de policía; y más lejos, diseminadas en medio de los *Bunga radjah* (1) y de los cocoteros, rodeadas de búfalos y de bueyes de dos jorobas, las casetas siempre silenciosas, excepto por la noche, durante la cual se oye á menudo la música bastante monótona de los *pantoums* (2).

Excitado por el fanatismo, por la lucha, y por el atractivo del pillaje, el malayo podrá hacer esfuerzos violentos y prolongados; pero en el curso ordinario de la vida entregase con delicia á la indolencia. Sentado en su azotea, fuma, y mece á sus niños con la mejor voluntad durante horas enteras; mientras que la madre corta leña, saca agua y hace todos los trabajos domésticos. La ternura de los esposos parece concentrada en su progenie, siempre silenciosa y tranquila como el padre, y que rara vez se entrega á esos trasportes de ruidosa alegría, tan frecuentes en los jardines públicos de nuestras grandes ciudades.

En los alrededores de Malaca el paisaje cambia de aspecto; el gran bosque desaparece, y á las casetas de bambú sucedense las construcciones sólidas y elegantes, que pertenecen las más á negociantes chinos, quienes después de hacer su fortuna se retiran á Malaca, lejos del tumulto de los negocios de Singapore y de Penang. Sus coches, de buen aspecto, se cruzan con los *kreta* (3), mucho más modestos, de los señores malayos, llenos siempre de mujeres de toda edad, que al vernos se ocultan, por la forma, bajo sus velos de muselina.

Volvemos á encontrar en Malaca á las personas con quienes habíamos tenido el gusto de trabar conocimiento á nuestra llegada. El mayor Squirrel nos convida á comer, ofreciéndonos un banquete en que todo el refinamiento de Europa se asocia con el lujo asiático. El gobernador se informa cuidadosamente sobre la situación en que hemos encontrado á las tribus salvajes, y nos pregunta si hemos oído alguna queja, ó si sospechamos que se le cause perjuicio alguno.

El P. Pouget, siempre obsequioso, nos conduce á la misión de Ayer Salak, donde recogemos nuevos documentos antropológicos y nos es dado hablar largamente en latín con jóvenes Manthras que se educan en el pequeño seminario de Penang. Vamos á visitar también el establecimiento de las religiosas del Santo Niño Jesús, más conocidas con el nombre de Damas de San Mauro, sucursal del de Singapore. Todas las razas de la ciudad y

(1) *Flor real* (*Hibiscus Roca Sinensis*, malváceas); es un arbusto de abundantes flores de color de púrpura brillante, magníficas, y muy conocidas en toda la península.

(2) Poesía cantada; el *pantoum* es una cuarteta de versos cruzados; teóricamente, los dos primeros, simbólicos, se explican por los dos segundos, pero más á menudo, sólo estos tienen una significación.

(3) Nombre que los malayos dan á los vehículos del país, por lo regular pequeños y muy míseros.

de la provincia se hallan reunidas en este pensionado, del que depende una casa de huérfanos. Una sola religiosa francesa, ayudada por una hermana inglesa, sostienen hace más de veinte años la carga de esta dirección: difícil sería hallar una existencia más útil y mejor aprovechada. Todas las alumnas, muy alegres, están bien vestidas, y viven en la mejor armonía á pesar de la diversidad de sus razas; por indicación de las maestras cantan con mucha expresión varias canciones francesas que son muy gratas á nuestro oído. La superiora, que tiene seguramente mucha práctica en la materia, pone á las pequeñas Manthras muy por encima de las demás alumnas por lo que hace á la obediencia y á los buenos sentimientos; pero las jóvenes de esta raza educadas en la casa de huérfanos no vuelven nunca á las tribus, prefiriendo casarse con algún chino para conseguir un bienestar que en vano pedirían á un hombre de su raza.

13 julio.—Nos embarcamos á bordo del *Japón*, precediéndonos un rajáh malayo y su esposa: este vapor es chino; decididamente no nos libraremos de la compañía china.

14 julio.—El vapor ancla en la rada de Singapore. Monsieur Brasier de Thuy, director de los Trasportes marítimos, se presenta al punto en el puente, á la verdad muy á tiempo, pues si no fuera por su gente, no sé cómo hubiéramos podido reconocer y desembarcar nuestro considerable equipaje en medio del tumulto y de la confusión de que es teatro el buque en este momento. M. Brasier de Thuy nos conduce á su casa, donde pasamos muy buen día, agradable no tanto por las comodidades de una morada elegante cuanto por la conversación y las delicadas atenciones de M. Thuy. También hemos tenido el gusto de ver otra vez á los amables compatriotas con quienes hicimos conocimiento al llegar, y que nos han dispensado tan buena acogida: el cónsul Rinn, el señor conde de Jouffroy d'Abbans, canciller, y M. Martin, de los Trasportes marítimos. La noche se pasa muy pronto hablando de Francia.

#### LA PROVINCIA DE BATAAN (ISLA DE LUZON)

El 15 de julio pasamos á bordo del *Panay*, de la compañía Reyes, que presta el servicio regular entre Singapore y Manila.

El 21 entramos en la bahía de Manila dominada al oeste por las alturas de la sierra de Mariveles; dos horas más tarde se divisan ya los tejados rojos de la capital de las Filipinas, situada graciosamente al pie de montañas azules en un lecho de verdura.

Apenas el *Panay* deja caer sus anclas, cuando se presenta á bordo, para conducirnos á su casa, nuestro compatriota M. Luís Genu, director de la casa Guichard é hijo de París, que ya tenía conocimiento de nuestra llegada. Durante nuestros dos años de viaje debíamos encontrar muchas veces á M. Genu y obtener de él la

virtud de una orden de S. E., el gobernador general de las Filipinas, la aduana deja entrar libremente nuestras armas, instrumentos y bagajes (4). Desde nuestra llegada podemos pues fijar la atención en el curioso espectáculo que se ofrece á nuestra vista.

Manila está en vías de un rápido desarrollo: reducida en otro tiempo á la ciudad fortificada que se halla en la desembocadura y en la orilla izquierda del Pasig, ahora está circuida de inmensos arrabales, de los que algunos de ellos alcanzan á los pueblos vecinos (5); y á pesar de los períodos críticos de que ninguna obra humana está libre, la historia de Manila y de las Filipinas es la de una colonia feliz. Esta prosperidad se debe indudablemente á los reglamentos establecidos desde el origen por el gobierno de las Filipinas, reglamentos muy apropiados para el carácter de los indígenas, y que siempre se han observado hasta aquí en lo que tienen de esencial. De este modo las Filipinas han podido resistir á numerosos ataques y profundas crisis económicas, sin que jamás la dominación española haya estado seriamente amenazada.

Al inmortal Magallanes es á quien se debe el descubrimiento de estas islas; pero el gran navegante, apenas pudo reconocerlas: el 31 de marzo de 1521 saltaba en tierra al nordeste de Mindanao, en la desembocadura del río Agusán, y el 26 de abril siguiente caía bajo los golpes de los habitantes de la pequeña isla de Mactán, cerca de Cebú. Su teniente, Elcano, regresaba muy pronto á España con la *Victoria*, el primer buque que dió la vuelta al mundo.

En 1542 se confió á Villalobos el mando de una segunda expedición, que contrariada por el tiempo, sólo pudo llegar á vista del archipiélago, al que el almirante puso el nombre de Filipinas, en honor del príncipe de Asturias, que muy pronto debía llamarse Felipe II.

Bajo el reinado de este último monarca los españoles se establecieron en las Filipinas. En 1564, el ilustre Miguel de Legaspi llega á Bohal, entre Leyte y Cebú, é instálase en esta última isla; en 1571 trasládase á Luzón y funda la ciudad de Manila; y en los años siguientes, la dominación española se extiende poco á poco por Luzón y las islas Bisayas.

La población de las islas Filipinas era entonces lo que es hoy: los indígenas de raza malaya, Tagaloes, Bisayas, etc., entonces idólatras, ocupaban la mayor parte del suelo; los negritos estaban confinados en las montañas del interior; y los malayos mahometanos (designados después con el nombre de moros) hallábanse establecidos en Sulu, Palawán y otros puntos del archipiélago, habiendo llegado á fundar en Manila un reino que se llamó Tondo: su resistencia no fué formal.

La sumisión de las Filipinas se efectuó rápidamente; la conversión de los indígenas al catolicismo, objeto principal de Felipe II, fué muy pronto un hecho consumado, y conseguido esto, la nueva conquista se organizó bien pronto, pues los españoles se limitaron á suprimir la esclavitud, esa institución fundamental de todas las civili-



Viaje á Filipinas. — Miranda de una casa malaya. — Dibujo de Dosso.

misma favorable acogida. Gracias á su gran conocimiento de los hombres y de las cosas se nos allanará mucho el camino; su personal nos evita muchas diligencias fatigosas; y más tarde, al regresar enfermo, hallaré en su casa atenciones á que debería la salud, si al llegar á cierto grado, las afecciones ocasionadas por el clima de los trópicos no reclamaban necesariamente mi regreso á Europa.

Gracias á M. Genu nos instalamos rápidamente, y en

zaciones nacientes, y mantuvieron la jerarquía indígena en lo que tenía de esencial.

(Continuará)

(4) El ministro de Negocios extranjeros en Francia había escrito con este objeto á Madrid, y el gobierno español concedió para todos nuestros bagajes la franquicia pedida, sólo para las armas, las municiones y los aparatos. M. Meurand, entonces director de los consulados en el ministerio, se ocupó del asunto con la mejor voluntad.

(5) Población de Manila y de sus arrabales: 75,000 habitantes en la capital y nueve millones en las islas.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON